

SUPLEMENTO ESPECIAL DE Página/12

A 10 años del asesinato de Cabezas

Crimen, política y poder

La muerte violenta de José Luis Cabezas volvió a poner sobre el escenario la relación entre delito y política, mafias e impunidad. Casi sin recuperarse de la noche de la dictadura, la sociedad argentina despertaba a una nueva tragedia que la movilizó para exigir justicia

Escriben:
Edgardo Mocca, Mario Wainfeld, Raúl Kollmann, Cristian Alarcón, Raúl Barreiros, Luis Alberto Quevedo, Gonzalo Martínez, Oscar Steimberg y Damián Loreti

El discurso de la impunidad

POR EDGARDO MOCCA *

Desde aquel verano de 1997 del brutal asesinato de Cabezas ha pasado mucha agua bajo los puentes de nuestra agitada vida política. Nada autoriza una mirada lineal: ni la que pretendiera señalar en aquel acontecimiento un punto irreversible de la lucha contra la impunidad que desde hace décadas campea en nuestra maltratada convivencia social, ni la que postulara que desde entonces nada habría cambiado. En los últimos meses hemos comprobado, no sin perplejidad, que la violencia sigue siendo un lenguaje viable en la lucha política de este país: el desconocido destino de Jorge Julio López y el secuestro de Luis Gerez sitúan nuevamente en la agenda pública el accionar de fuerzas antidemocráticas, muy probablemente enquistadas en el aparato estatal y sobre las que nada se sabe.

Es decir, la impunidad no ha sido derrotada en la Argentina. No hablamos del imposible deseo de que ningún crimen eluda su justo castigo, sino de la más modesta reivindicación de que el Estado esté en condiciones de disponer de todos sus recursos y de sus agencias para esclarecer aquellos hechos que ponen en cuestión al orden y a la estabilidad política. La sola narración de la llamativa facilidad con que los coautores del asesinato de Cabezas, en su mayoría, consiguieron su libertad y el manto de oscuridad en el que sigue envuelto el crimen revela que las grandes movilizaciones de hace una década no han conseguido todos sus objetivos.

Desandando el camino aparece, sin embargo, una conquista que, si así pudiera hablarse, le da sentido al martirio de Cabezas. Desde entonces, el discurso de la impunidad ha sido erradicado del centro de la vida pública argentina. Antes de la muerte del periodista, el cruel destino de María Soledad Morales, víctima de la arrogancia criminal del poder en Catamarca, había puesto en el banquillo de los acusados a quienes hasta entonces se sentían dueños de la vida y de la muerte. Con una radical ignorancia de esa mutación ideológica de la sociedad, el ex presidente Menem puso en juego, ante el crimen de Cabezas, todo el repertorio de cinismo que hasta ese momento había sido pasivamente aceptado por una sociedad encandilada por las luces de la estabilidad y la aparente prosperidad económica de esos años. Antes había dicho que las madres de quienes protestaban contra el gobierno debían aprender de la experiencia de las madres de los desaparecidos durante la dictadura; a propósito de la muerte de Cabezas ratificó su patético aforismo de que "el periodismo es una profesión de riesgo". El repudio generalizado a esos dichos fue acaso uno de los primeros síntomas del cambio de humor de la sociedad argentina ante un discurso que hasta poco antes circulaba con total naturalidad.

En la provincia de Buenos Aires, sede del homicidio, el entonces gobernador Duhalde cambió la carátula de su policía. Meses antes, en medio de grandes cuestionamientos por sus prácticas delictivas, la había consagrado como "la mejor policía del mundo"; después del crimen aceptaría un arduo y rico debate político y parlamentario que concluyó con un proyecto de profundas reformas en la estructura de lo que entonces empezó a llamarse "la maldita policía". Aquella iniciativa, conocida como el proyecto "Arslanian-Binder", sería truncada poco después cuando, amortiguados los ecos del martirio de Cabezas, el candidato Ruckauf –con el beneplácito de Duhalde– conquistó el apoyo de la mayoría de los bonaerenses con la terrible consigna de "meter bala a los delincuentes". Las tremendas consecuencias ideológicas y sociales de esa irresponsable prédica todavía no han sido del todo reparadas, a pesar del cambio de rumbo que inició Solá con la nueva gestión de Arslanian en el Ministerio de Seguridad.

La voluntad de dar pelea contra la democracia y el estado de derecho, por parte de los nostálgicos del general Camps y del comisario Patti no ha cesado. En ese sentido, podría decirse que la gesta democrática que emergió después de la muerte de Cabezas tuvo límites en su alcance. El escepticismo se acrecienta si se piensa en lo poco que pudo avanzarse en la trama delictiva y de protección policial que rodeó su asesinato. El "empresario" Yabrán murió sin que su cuerpo yerto pudiera ser fotografiado como lo fue en vida por el valiente fotógrafo; como tantos otros en la amarga historia política de la Argentina, el crimen sigue sin ser plenamente esclarecido.

Sin embargo, aunque pueda sonar a triste consuelo, la ostentación retórica de la impunidad parece proscripta en la Argentina. Nadie se atreve a decir que atestiguar contra Etchecolatz es un ejercicio riesgoso; pocos de los empresarios prebendarios enriquecidos a la sombra del Estado osarían hoy definir al poder, como en su momento lo hizo Yabrán, como sinónimo de impunidad. Eso formaba parte de un clima de época; un ciclo político-cultural que empezó a terminar con el declive menemista, estalló con la crisis de diciembre de 2001 y cuyo eco reaparece ocasionalmente en las expresiones de quienes reclaman la impunidad en nombre de una supuesta "reconciliación". Es cierto que ante el reciente episodio del secuestro de Gerez hubo voces y acciones que pretendieron concentrar la sospecha en la víctima, patética reminiscencia de los años de la dictadura militar. Pero esas voces no ocupan hoy el centro de la escena política y nada sugiere que vuelvan pronto a ese lugar. Aunque conviene estar alerta porque conocemos las oscilaciones del humor de nuestra sociedad, particularmente cuando el miedo logra instalarse en su subjetividad cotidiana.

Vale recordar a José Luis Cabezas como una de las personas que, con el simple recurso de un ejercicio responsable y valiente de su profesión de periodista, contribuyeron a este modesto pero no despreciable cambio en el sentido común de la sociedad argentina.

* *Politólogo.*



TONY VALDEZ

POR MARIO WAINFELD

El momento: Había estallado un verano de tono menemista. En política no pasaba gran cosa y los dirigentes más pimpantes no tenían mucho empacho en mostrarse en Punta del Este o en Pinamar. No primaba la cautela que es regla en el actual verano. Antes de la crisis, de la devaluación, del que se vayan todos, no estaban de moda los pruritos: los que mandaban se divertían y abrían la puerta para ser mirados. La mezcla entre una fauna política impresentable, frívola e exhibicionista con un empresariado "nacional" que le hacía de comparsa centraba la atención de la tele y las revistas del corazón.

El peronismo dominaba mansamente la escena, la UCR se lamía sin mayor suceso las heridas abiertas por la catástrofe de Horacio Massaccesi en las elecciones de 1995, el Frepaso era la segunda fuerza pero no terminaba de sitiar al gobierno. La segunda reelección de Carlos Menem era una hipótesis de laboratorio, según las lecturas del momento sólo Eduardo Duhalde podía cerrarle el paso. "La historia se define entre peronistas", se simplificaba por entonces.

Ese 25 de enero, en la cava que casi nadie conocía y que se haría conspicua, cambió la historia.

La repercusión: Pocos acontecimientos tuvieron en las últimas décadas tanta repercusión mediática como el asesinato de José Luis Cabezas.

Aunque el lenguaje común los emparienta al hablar indiferenciadamente de "los medios", los periodistas y las empresas del sector no son lo mismo y algunas veces cinchan entre sí o no concuerdan del todo. El caso Cabezas fue excepcional en estos años porque los periodistas y los dueños de los medios reaccionaron al unísono. La percepción común fue que el feroz homicidio replicaba los crímenes de la dictadura y abría una hendija de regreso al pasado que debía ser cerrada en germen.

Al sindicato de fotógrafos le cupo la ardua tarea de ir liderando una protesta social que asumía los desafíos de ser convocante, de interpelar a los iniciados, de sostenerse en el tiempo. Los sindicatos, vale recordarlo, estaban de capa caída en parte por errores propios, en parte por la destructiva embestida del neoconservadurismo, en parte por el individualismo que era tendencia en la sociedad de la convertibilidad, en el que muchos (en una escala policlasista) soñaban salvarse de a uno. La consigna "No se olviden de Cabezas", el rostro de la víctima, un haz de movidas (caravanas, sueltas de globos, movilizaciones callejeras) repoblaron las calles y los titulares de los medios.

Los lugares, el zoo: La cobertura de la investigación tuvo características entre inusuales y únicas, en eso la memoria del cronista se corrobora con un vistazo al archivo. Durante meses los avances y retrocesos de la pesquisa fueron título de tapa de todos los diarios, nota central de los noticieros de TV, eje de los magazines radiales. Contaba la voluntad de editores, cronistas y dueños pero además el caso combinaba ingredientes dignos de excitar la atención en cualquier circunstancia. Alfredo Yabrán, el empresario de estilo mafioso, el arribista que se hizo rico en un chasquear de dedos. La brega en la cúspide del poder político, entre Menem y Duhalde. El descorrimiento de muchos velos sobre la Bonaerense, la traslación al saber cotidiano de la existencia de "zonas liberadas" o de policías que hacían doble jornada y hasta portaban alias como Alberto "la Liebre" Gómez, Oscar "el Caballo" Vigliianco, "el



ALEJANDRO AMDAN

Recuerdos del “no se olviden”

El impacto de la noticia de la muerte del fotógrafo en medio de un verano menemista. Un asesinato que replicaba los crímenes de la última dictadura. Yabrán, Duhalde, Menem y Cavallo, y la maldita policía. La movilización social y el juicio que ésta hizo posible. El rol de los reporteros gráficos.

Vampiro” Carlos Siniscarco. La pluma de Miguel Bonasso (por entonces consagrado full time al periodismo y la literatura) se haría un picnic desnudando ese zoológico.

Un hecho anecdótico dio un cariz pintoresco a la cobertura: el lugar del crimen (Pinamar), como cuadra, se despobló cuando acabó la temporada. El juicio se seguía en Dolores donde funcionaba el respectivo juzgado a cargo. Dos ciudades pequeñas, una totalmente ajena y remota al hecho, se poblaron de periodistas, alteraron su rutina y funcionaron a su modo como escenarios de disputas que se libraban en la metrópoli o en el conurbano: un mal comisario de una pésima policía, Víctor Fogelman, conducía la investigación bajo la lupa de decenas de cronistas y de una opinión pública interesada e intrigada. En aras de la dispersión geográfica imperante había radicado su cuartel general (bautizado bunker por la prensa) en Castelli.

El peso de la visibilidad: Yabrán, el socio-aliado de varias cúpulas de la Fuerza Aérea y del menemismo, debió resignar su invisibilidad, hacerse ver. Obligado, dobló la apuesta, no sólo honró las citaciones judiciales, también fue al programa de Mariano Grondona. No le salió bien, la tele es cruel con los que no miran de frente y más con los que confirman los prejuicios a su respecto. El empresario postal (¡cuántos sinónimos había que buscar en un tiempo en el que 6 o 7 títulos de notas diarias mentaban al mismo personaje!) dijo que poder era impunidad y despejó todas las dudas a su respecto. Su visita a la Casa de Gobierno, su llegada entre una nube de movileros fue un escándalo. Jorge Rodríguez, jefe de Gabinete por entonces, bancó la parada, formaba parte de una administración que militaba bajo la misma consigna: poder es impunidad.

Menem y Duhalde jugaban fuerte porque sabían que les iba mucho en eso. No todo es racionalidad en esas pulseadas, la paranoia también juega su rol: Duhalde llegó a fabular que mataron al fotógrafo sencillamente como un mensaje a él, alusivo a su apodo de “cabezón”.

Donde pelean dos, puede colar un tercero. Domingo Cavallo hizo su cosecha, maquillando un poco su imagen en una cruzada antimafia. Tuvo un debate estelar con Carlos Corach por la tele y se dijo amenazado. En cualquier caso, el máximo rating de Yabrán le bajaba el precio al escándalo de IBM-Nación. Nunca podrá cuantificarse pero es seguro que el entonces ministro de Economía se embelleció un poco, se diferenció del cardumen menemista (que en verdad integraba como ala) y puso los cimientos de sus candidaturas a Presidente en el ‘99, a jefe de Gobierno en el 2000, a ministro-salvador de la Alianza en 2001.

El suicidio, las dudas: La búsqueda de Yabrán y su suicidio fueron el clímax de una investigación que se vivió como una novela por entregas. Claro que sobrevivieron las dudas acerca de la autopsia. En la Argentina nadie cree en nada, ni siquiera en las autopsias. Un médico primo de Corach, que compartía su apellido, una eminencia intachable intervino en los dictámenes. El parentesco acicateó la natural inclinación conspirativa del público. La historia ofrece muchos elementos para dudar pero el público a veces se alucina de más, como Duhalde con la hipótesis del cabezón.

Las condenas, las sospechas: A pocos días de aparecido el auto incendiado con el cadáver de Cabezas se divulgó periodísticamente una versión sobre el crimen, bastante similar a lo que se demostró después: una banda de lúmpenes con comando y protección policial. Viene a cuento un anacronismo: la diferencia de información con la desaparición de Jorge Julio López es notoria.

Pese a todas las vallas que puso la mejor del mundo para obstruir la pista policial, se fueron dilucidando los nombres, el modus operandi. Fueron llevados al banquillo, condenados. El juicio atrajo atención pero mucho menos excitación que la pesquisa hasta el suicidio.

En esta comarca, la sospecha de impunidad sigue al crimen político como la sombra al cuerpo. Tanto que quien intenta refutarla o mitigarla queda expuesto a ser rotulado como conformista o algo peor. Asumiendo ese albur, este cronista cree que el crimen de Cabezas no remató en la impunidad. Los autores, materiales e intelectuales, fueron sindicados. Los que sobrevivieron, juzgados y condenados. La opinión masiva quiere condenas vitalicias, reniega del dos por uno o de la prisión domiciliaria. El autor de estas líneas es menos catoniano con las penas y tiene un parecer más tolerante con los institutos que privilegian a los encausados y limitan las penas de los condenados. Como fuera, algunos homicidas han muerto, otros han estado presos. Los dos policías más implicados, Gustavo Prellezo y la ya aludida liebre Gómez, siguen entre rejas.

Menem y Duhalde no resultaron ilesos de la refriega, el ‘97 terminó siendo un pésimo año político para ellos, ahí capotó su estrella electoral. Para el presidente fue el comienzo patente de su declinación, en la que este escándalo algo sumó. Duhalde mordió el polvo en las elecciones parlamentarias de su provincia: Graciela Fernández Meijide derrotó a Hilda “Chiche” González, quien por primera vez perdía contra un fenómeno político, femenino por añadidura, en condición de local. Un bajón que reprisaría en 2005 a manos de Cristina Fernández de Kirchner.

La contemporaneidad o la sucesión en el tiempo no equivalen, charramente, a relación unívoca de causa-efecto pero en general los antecedentes impactan en los hechos posteriores y cercanos. El crimen no quedó sin castigo, los asesinos no fueron ignorados. Quizás a diez años quede flotando la duda que refirió Gladis Cabezas, hermana de José Luis, víctima no directa: ¿se conoce el móvil de crimen? ¿Se mata, como instaló el mito común, por una foto?

En todo caso, la movilización no fue en vano, la sociedad no se quedó quieta. Hubo un año de excitación política, tras un interregno de pasatismo consumista, circunstancia nada exótica en una sociedad que actúa a espasmos, con enorme intensidad. Hasta reductos habituales de la frivolidad se impregnaron del tono del momento: la entrega de los premios Martín Fierro (momento donde el glamour de plástico golea al involucramiento político) se llenó de discursos alusivos al crimen, al compromiso.

La fiebre por Cabezas cesó pero nadie se olvidó de él, mientras fue imprescindible mantener viva la llama. Con el correr del tiempo sus compañeros fotógrafos, pieza clave en la búsqueda de la verdad, serían determinantes para dilucidar otros crímenes con la marca de la Bonaerense y el duhaldismo. Fue en Avellaneda, cuando fueron asesinados los pibes Kosteki y Santillán. Sucedió apenas ayer, hace casi un lustro.

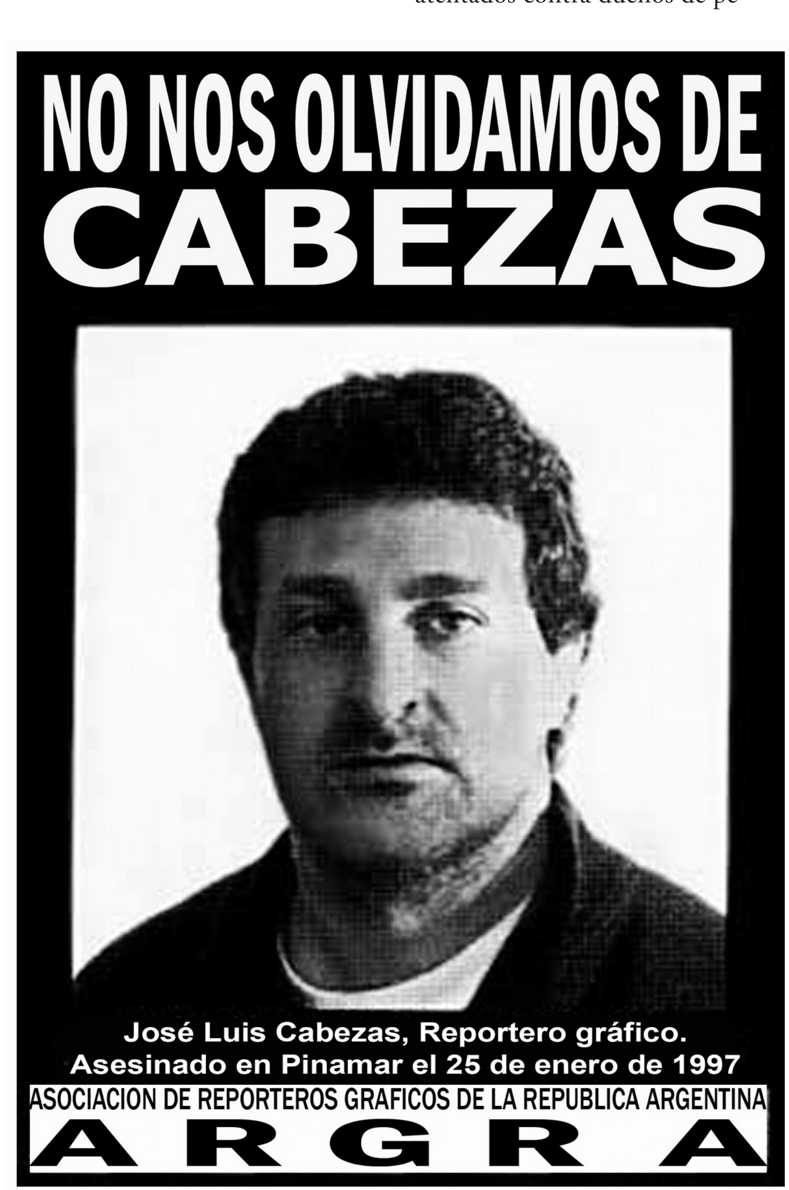

JOSÉ LUIS CABEZAS

Dos periodistas de *Página/12* recuerdan la cobertura del caso. Las mentiras y operaciones. El arresto de "Pepita la Pistolera". El entramado que unió el crimen con la política. El duhaldismo monitoreando la investigación. El rol de la Bonaerense y Yabrán. Los Horneros y la hipótesis que convalidó la Justicia.

Las dos mafias

POR RAUL KOLLMANN

¿Quién cometió el crimen de José Luis Cabezas?, nos preguntábamos hace diez años. Y la respuesta era siempre la misma. Alguna de las dos mafias que operaban en tierras provinciales. Una, la que encabezaba Alfredo Yabrán y que apretaba a cualquier competidor que surgiera, provocaba atentados contra dueños de pequeños correos privados o les disparaba a quienes pretendían hacerle alguna guardia periodística. La segunda, la Policía Bonaerense, cuyos comisarios más pesados y millonarios, Mario "El Chorizo" Rodríguez, Mario Naldi, Jorge "El Coco" Rossi y tantos otros habían sido pasados a retiro en los meses anteriores. Para colmo, el manager de la operación del crimen fue un oficial de la Bonaerense, Gustavo Prellezo, quien llevó a la costa a cuatro ladrones contratados por él mismo en el barrio de La Plata de Los Hornos, se alojaron en un departamento conseguido por otro policía y les mostró quién era Cabezas otro efectivo de la Bonaerense.



A las 48 horas del asesinato publiqué una nota en **Página/12**. Salió el martes 28 de enero de 1997 (en aquel entonces nuestro diario no se publicaba los lunes) con el título *"Huellas en la arena"*. Empezaba así: "Distintas fuentes en las que investigó **Página/12** relacionan el crimen con una organización delictiva conformada para robar en la zona de Pinamar. Fuentes ligadas a la estructura de la Bonaerense relataron una asombrosa y siniestra historia. Según ese relato, un subcomisario y dos suboficiales reclutaron en Quilmes, Florencio Varela y La Plata a confidentes de la policía y delincuentes comunes para trasladarse después a la costa y conformar la banda". En aquel momento ni se hablaba de la banda de Los Horneros ni mucho menos del oficial Prellezo ni de los suboficiales Luna y Camaratta. Faltaban varios meses para su detención y en el medio todavía se puso en escena la parodia de Pepita la Pistolera, la mujer marplatense a la que pretendieron adjudicarle el crimen del fotógrafo.

Fui convocado al juicio oral para contar cómo obtuve esa información que meses después se confirmó. Me pidieron como testigos los abogados de Gregorio Ríos, jefe de la custodia de Yabrán, condenado en aquel proceso. Pero me pareció que en ese juicio todo estaba decidido de antemano, porque el trasfondo del caso Cabezas fue la brutal interna política que se desarrollaba. Para la gente de Carlos Menem, el culpable era la policía de Eduardo Duhalde. Para la gente de Eduardo Duhalde, el culpable era el empresario (Yabrán) símbolo del menemismo. Y lo concreto es que el duhaldismo dominó la investigación de una punta a la otra: tenía bajo sus órdenes al comisario Víctor Fogelman, de la Bonaerense, a quien le encargaron la pesquisa; José Luis Machi, el juez, también aceptaba todas las sugerencias del duhaldismo, los homicidas del barrio de Los Hornos fueron llevados a la Justicia por un senador del duhaldismo y el dominio se extendió hasta a los abogados defensores de Los Horneros, o sea de los asesinos mismos. Se produjo un caso único en la historia de la Justicia Penal argentina: los primeros abogados, en lugar de decirles que no declaren, o sea lo habitual, los llevaban a declarar día tras día, y no era para decir que ellos no fueron sino todo lo contrario. Cada 24 horas confesaban más y en forma más imprecisa. Primero dijeron que se le había pegado un tiro en la nuca, pero cuando la segunda autopsia determinó que había dos tiros en la nuca entonces confesaron que sí, que en verdad los tiros fueron dos. En forma asombrosa, la sucesión de confesiones siguió y siguió. La frutilla del postre también fue aportada por este diario: Ramón "Palito" Ortega, candidato a vicepresidente de Duhalde en 1999, admitió ante este periodista –y así fue publicado en la tapa de **Página/12**– que aportó dinero, miles y miles de pesos, para la defensa del principal imputado del asesinato, el policía Prellezo. El argumento para semejante "generosidad" fue que Palito quería hacer una película del caso. Ese film obviamente nunca se rodó.

¿Por qué habría querido la Bonaerense matar a Cabezas? El cadáver del fotógrafo fue quemado y lo dejaron en un camino por el cual Duhalde pasó una hora más tarde cuando iba a pescar. Se detuvo, le dijeron que era un accidente –no sabían que el cuerpo en el auto era el de Cabezas– y siguió su camino. Una hipótesis es que se trató de una venganza por el pase a retiro de los comisarios porongas. Al mismo tiempo, para frenar otros inminentes pases a retiro. También para sacar de su puesto al que los echó, el entonces secretario de Seguridad, Santiago De Lázari, desplazado poco después. ¿Y por qué contra Cabezas? Porque *Noticias* publicó un famoso artículo llamado *"La maldita policía"* en el que se revelaban las increíbles fortunas de esos comisarios. Cabezas fue quien le tomó la foto de tapa al entonces jefe, el comisario Pedro Klodczyk.

¿Por qué habría de matar Yabrán a Cabezas? Según la investigación oficial y el fallo del juicio oral, porque a Papimafi, como le decían a Yabrán, no le gustaba que le sacaran fotos. Cabezas se atrevió y –siempre según la versión oficial– el poderoso empresario le dijo a su jefe de custodia, Ríos, que el fotógrafo era una molestia. Ríos habría hablado con Prellezo y éste se encargó del crimen. La investigación policial y judicial dominada por el duhaldismo llevó a esa conclusión y también los tres jueces del tribunal oral la convalidaron.

Muchos se quedaron con la duda y siguen con la duda hasta hoy. Luego se produjo la otra etapa de esta increíble historia. Las demoras insólitas de la Justicia, en especial de la Cámara de Casación, más la aplicación del dos por uno, hizo que el condenado a 20 años pasara en prisión siete. Hoy están casi todos en libertad. Es decir que las cosas terminaron en una mezcla de duda e impunidad.

Crimen y política

POR CRISTIAN ALARCON

De aquel funeral queda ese ruido áspero de pasos arrastrándose sobre el cemento tras el féretro. Y el sonido metálico de las viejas cámaras reflex, cuando no existían las digitales, que apuntaban respetuosas al cortejo desde lo alto de los panteones del cementerio de Avellaneda. "Parecen un pelotón de fusilamiento contra la muerte", escribí esa noche. Eran las primeras crónicas en este diario, y el comienzo de muchas más, en la larga cobertura del caso que estuvo en la tapa de los diarios a lo largo de todo el año '97. La muerte de José Luis Cabezas significaría para toda una generación de periodistas, sobre todo para los que comenzábamos entonces, una larga lista de enseñanzas sobre cómo se digita la información desde las fuentes oficiales, cómo se montan las operaciones, cómo se miente desde el poder, y sobre todo, cómo funcionan las mafias ligadas al poder. Cuando José Luis Cabezas fue acribillado en Pinamar los argentinos aún no tenían clara la relación entre crimen y política.

A los pocos días del crimen, una tarde al entrar al diario me esperaba un remise que me llevaría a Dolores por algunas de esas fotocopias que al comienzo se hicieron para los periodistas desde el juzgado. Un trámite de rutina. Un viaje de ida y vuelta. Pero una vez en el pueblo al que el caso Cabezas le cambió la vida, la vuelta no se dio. Ni al día siguiente. Ni al posterior. Pronto hubo que comprar ropa para irse quedando. La primicia acuciaba. El país parecía reclamar que el caso no se olvidara. Santo Biasatti se despedía cada noche: "No se olviden de Cabezas". El gremio, la jauría herida y amenazada, no cejaba en una cobertura que llegó a tal nivel de intensidad que ya no alcanzaron las camas de los hoteles en Dolores. En las jornadas de declaraciones claves llegábamos a ser 150 trabajadores de prensa en esa ciudad que lucía sitiada de cámaras, convulsionada por los malos hábitos de quienes nos íbamos convirtiendo en locales de a poco, sin querer.

Con el crimen de José Luis a sus contemporáneos tocó cubrir la más exagerada mentira de la Bonaerense, y el peor de los intentos del propio ex gobernador Eduardo Duhalde de zanjar el escándalo político con una salida rápida y efectiva a la que pronto bautizamos "Los Pepitos". ¿Alguien se acuerda de Carlos Redruello? Redruello era un tipo bajo, magro, de bigotitos, con una capacidad extraordinaria para armarse un testimonio ficcional con cuatro datos reales. Con su testimonio la Policía Bonaerense, y el juez de la causa, José Luis Machi, encerraron a Margarita Di Tullio, "Pepita la Pistolera", a su novio, Pedro Villegas, y a otros tres personajes del puerto marplatense durante más de dos meses. A ella la acusaban de ser la "instigadora del crimen", a ellos los autores materiales.

Cuando contábamos en **Página/12** la génesis de esta línea de investigación que intentaba ocultar la verdad escribíamos que en Punta Alta un periodista local había recibido la visita de un ex presidiario, que ya en contacto con el gobierno fue llevado en avión hasta La Plata para que hablara con el jefe de policía, Pedro Klodczyk, el de "la mejor policía del mundo". Ante él dijo que en una fiesta con Pepita había escuchado que la dueña de los mejores cabarets del puerto dijo: "Hay un periodista de *Noticias* que nos está jodiendo. Hay que eliminarlo". El mismo tipo, publicamos muy pronto, había hecho denuncias radiales sobre los más variados tópicos, incluida la muerte de María Soledad Morales.

Resultaba compleja la vida en Dolores durante esos meses. Sobre todo para los más novatos, que no pertenecíamos al grupo de medios que habían sido elegidos por el comisario Víctor Fogelman y sus laderos para recibir, como una hostia, cada día, el reporte oficial de los acontecimientos. De hecho es dable agradecer a algunos colegas que solidarios al caer la tarde dejaban caer los datos que muchos ansiábamos como comida en una hambruna, exigidos por nuestras redacciones, que debían llenar una tapa a diario. Era difícil mantenerse fuera de la gran interna que por entonces se jugaba no tanto desde los medios gráficos como en la TV. Allí el 13 y Telefé ya eran los emporios que se disputaban la primicia cotidiana. La tele imponía alianzas entre los que compraban la versión oficial sin fisuras a cambio de seguir obteniendo los datos día a día.

Página/12 nunca admitió que la versión de Los Pepitos fuera verosímil, y de hecho desde los primeros días informó sobre el rol central de policías bonaerenses como el luego condenado Gustavo Prellezo. La hipótesis con que el juez Machi procesó a Margarita y sus amigotes fue que José Luis los había querido extorsionar y por eso lo habían matado. Esto indignaba a la familia Cabezas, a quien finalmente debieron pedirle disculpas. El 11 de marzo del '97 contamos que un testigo de identidad reservada había declarado que a Redruello le habían pagado 10 mil dólares para que ensuciara a Los Pepitos. Luego vendría la historia del testigo plantado: sus vinculaciones con la policía, la manera en que se preparó la trampa, los detalles de la mentira. Finalmente, la historia de los policías bonaerenses contratados para matar a José Luis.

A diez años del crimen, de la cobertura más extensa e intensa que se haya hecho en la Argentina de un hecho policial ("crimen y política" decía el encabezado con el que identificaba **Página** la cobertura del caso), el país vive, convive, con otra tragedia de la misma dimensión pero con diferente impacto, al menos mediático: la desaparición de Julio López. Sobre Julio no ha habido siquiera una versión inventada para conformar a la audiencia. No ha habido tampoco una reacción del colectivo periodístico comparable a la que suscitó la muerte de Cabezas. Su desaparición nos deja en silencio. Nos deja sin relato posible, aun sin el falso relato. En la crónica del funeral me encuentro con: "En el mismo cementerio donde el cuerpo de José Luis ocupará el nicho PB 755 todavía hay cuerpos sin nombre. Fueron enterrados hace unos 20 años en una gran fosa común de la última dictadura. Nadie sabe si entre ellos está el de alguno de los 92 periodistas desaparecidos en esa época, cuando grupos paramilitares usaban los métodos que usaron con Cabezas".

Y en el comienzo de la cobertura aquélla surge la droga como el móvil que llevó a los asesinos a matar al periodista. El tráfico de cantidades de kilos hacia la costa en el que implicaban a policías bonaerenses los testigos que declaraban en el Juzgado de Dolores. Si se leen los archivos de hace diez años se puede hacer una lista de los males que perduran, y de los que crecieron. La matriz de la mafia está allí. La matriz del matrimonio más rentable de la historia, el del crimen y la política. Pensar el asesinato de Cabezas a diez años es pensar esa relación, es evaluar el poder de lo que está en las sombras, maldito, pero vivo.


JOSÉ LUIS CABEZAS


SANDRA CARTASSO

Por qué morir

El autor reflexiona sobre una frase de la hermana de Cabezas, publicada en un reportaje de *Página/12* del 21 de enero pasado. Gladys Cabezas puso en duda que el motivo de la muerte del fotógrafo haya sido una imagen robada al empresario Alfredo Yabrán.

POR RAUL BARREIROS *

Con esta frase, "Nadie mata a otro por una fotografía", Gladys Cabezas marcó un lugar extraño. Desautorizó la mirada romántica y poética con que la sociedad argentina envolvió al reportero fotógrafo José Luis Cabezas y también su saga de trabajo y asesinato. El otro lado de la frase de Gladys es: "Nadie muere por una fotografía". Yo creo que sí, que la gente muere por fotos, palabras, símbolos, sentimientos, no hay otra cosa por la que morir. Cuando en un diario leemos "Lo mataron por 10 pesos" tampoco son los 10 pesos, pero al mismo tiempo sí. La mirada de un cronista que sin mucha claridad se resuelve a escribir y resulta vaciada en moldes anteriores, y no escribe desde sí sino desde el color del dinero.

A una muerte pública siempre se le da sentido. La foto no fue una excusa, los reporteros gráficos levantando sus cámaras y gritando presente hicieron de esa foto y de J. L. Cabezas una construcción heroica de la profesión y un señalamiento del lugar del poder que se cree transparente. Eso está bien.

Aclaremos: Gladys Cabezas tiene razón, puede haber más que una fotografía en la historia entre Cabezas y Yabrán. ¿Ha sido en vano entonces el rescate del trabajo periodístico de J. L. C. y la instancia mítica militante de libertad con que se acompaña esa profesión?

–"¿Qué le falta saber?" –pregunta Laura Vales, la entrevistadora de G. C., quien responde:

–Por qué lo mataron, el motivo.

Sólo el dolor de ausencias justifica esa respuesta que puede ir hacia cualquier lado. Borges lo entiende así: *Explicar un hecho es referirlo a otro más general y ese proceso no tiene fin, nos conduce a una verdad tan general que no podemos referirla a otra alguna, es decir explicarla.* La aridez de una argumentación que se ciñe a las pruebas es un intento de encontrar un índice, una parte desprendida del todo (que olvida su propia performance) que esconde otra acción que pareciera ser más compleja y que se da por descontada y es la que determina que ese fragmento pertenece, es parte de algo; es un trozo del universo comprometido, tal es la fotografía que obtuvo Cabezas.

En las "películas de juicio", de origen USA, la obsesión por la prueba como evidencia ciega se constituye en un fetichismo, encontrar alguna cosa material que forme la pieza exacta del rompecabezas que establecerá en forma definitiva la conexión entre parte y todo, que devela y deconstruye, en sospecha, una figura por demás poetizante, tal la sinécdoque, la parte por el todo. En tales films la prueba y el atenerse a los hechos y el decir la verdad verosímil forman parte de las reglas, quizá vestigios de un aparato positivista que norma una estrategia enunciativa. Lo que sucede no es que la cosa, el fragmento, signifique y sea interpretado como la prueba *per se*, y lo que sigue es obvio, sino que el aparato retórico –al mismo tiempo constantemente negado en plena ilusión de transparencia de un hipotético real– es usado para empujar ese fragmento material (en este caso la foto) a que cobre el sentido que se le exige; hará que encaje en un *tour de force* como parte de aquel otro todo por un procedimiento que tiñe al todo del color que tiene el fragmento o que tiñe al fragmento del color del todo. Siempre puede haber algo más en una historia como la de Cabezas, yo prefiero esta foto, estas babas del diablo.

** Investigador en Medios Masivos. UNLP, UNLZ, IUNA.*

No se olviden de Yabrán

POR OSCAR STEIMBERG *

"No se olviden de Cabezas" es una consigna breve, genérica y con amplísimos sentidos posibles. Sabemos que refiere a un asesinato, pero la referencia hay que traerla desde un afuera cada vez más alejado de las palabras. Cuando el crimen estaba cerca, tenía la fuerza del hecho que nombraba; hoy, aquel horror se ha convertido en una estación de la memoria. Dependerá de cada circunstancia convocante que la repetición de la frase asuma un sentido u otro; algo nuevo habrá que pensar para que esos receptores posibles (los que no deberían olvidar) conserven alguna entidad social; para que el mismo nombre de Cabezas permita seguir pensando en el que fue. En algún momento se plantea, siempre, la alternativa entre memoria e historia: se vuelve a lo que una sociedad insiste en nombrar o se busca (y se formula otra vez, y se postula, y se discute) el sentido de eso que se recuerda. Y entonces nuevas frases (en general, algo más que frases) ocupan el lugar de aquellas consignas —trágicas consignas– que el tiempo fue remitiendo a una época. Y borroneando: en algún espacio o tiempo puede ocurrir que "No se olviden de Cabezas" se convierta en una advertencia a los jóvenes rebeldes para que dejen de serlo.

Tal vez, de la discusión histórica surjan algunas sustituciones de palabras en las formulaciones de base, además del agregado de otras. Es sólo un ejemplo: si en esas discusiones tomara la escena una frase como "No se olviden de Yabrán", y más aún si se le agregara algún otro nombre de persona o colectivo social, podría pensarse que el tema ha vuelto a plantearse, y no sólo a recordarse, y que siguen interesando, todavía, los contenidos y los efectos políticos de esa discusión.

**Semiólogo*

LUIS ALBERTO QUEVEDO *

Hace 10 años el periodismo de investigación ocupaba un lugar muy importante en la Argentina. Se publicaban libros, informes y artículos en revistas de circulación masiva y se programaban ciclos televisivos dedicados a mostrar cómo operaba el poder. Muchas de estas "denuncias" formaron parte del clima de época del gobierno menemista y no lo dañaron. Otras (pocas) se ventilaron en la Justicia pero casi sin resultados. El caso del asesinato de José Luis Cabezas fue un punto de inflexión. Fue el hecho más dramático de aquellos años y mostró los límites de la visibilidad de los poderosos. Las notas pactadas en la revista *Caras* no podían confundirse con las fotos no deseadas que mostraban a los nuevos ricos de la Argentina.

No sabemos hoy con exactitud por qué mataron a Cabezas pero sí sabemos que José Luis era un reportero gráfico que no siempre enfocaba su cámara para consagrar las escenas glamorosas de Pinamar y Punta del Este. El gobierno de Carlos Menem no solamente propició *un retiro del Estado* en todos los niveles, sino que puso en funcionamiento una fenomenal máquina de corrupción que posibilitó una articulación perfecta entre el Estado *ausente* y el mercado que operaba *con máxima libertad*. Y pretendió instalar una nueva cultura política en Argentina donde el periodismo tenía su lugar.

En este contexto hubo un periodismo que celebró tanto la estabilidad, el endeudamiento externo y la transnacionalización de la economía como el retroceso de todas las políticas de protección a las industrias locales como el fin de muchos derechos de los trabajadores. No solo no reparaban en la pobreza y la exclusión que el modelo producía sino que se encargaban de explicar que estos "daños colaterales" eran transitorios. Este periodismo celebratorio de la fiesta de unos pocos consideró que la corrupción era el costo que imponía el gobierno de Menem a la modernización del país. Y estaban dispuestos a pagarlo.

Otra parte del periodismo utilizó este *clima de época* para mostrar la trastienda del poder desde dentro del poder. Nacieron periodistas que, bajo la idea de la "denuncia" de los nuevos dueños de la Argentina, se hicieron famosos y ganaron, ellos también, mucho dinero con la industria de la frivolidad. Permitían *espiar* la vida de los nuevos ricos (con gran complicidad de quienes eran "denunciados") y nos contaban la manera en que hicieron sus negocios, las alianzas con el gobierno, así como la formación de los nuevos grupos económicos. Fueron los que encendieron las luces de una farándula económico-televisiva que no ocultaba sus vidas privadas. Ninguna "investigación" de este tipo derivó en acciones de la Justicia ni llegó a inquietar a los ganadores del modelo.

Otra parte del periodismo (los menos, seguramente) fueron incómodos al poder. O sea, simplemente hicieron periodismo. No só-



LEONARDO CHAIO

Transparentar al Poder

El periodismo de investigación antes y después del asesinato. Los desafíos de la profesión en la actualidad. La búsqueda de nuevos géneros y temas que reemplacen las narraciones que fueron emblemáticas en los noventa. Y la ausencia de temas que inquieten, seduzcan y apasionen.

lo no compartían las fiestas de los ganadores sino que fueron muy molestos a la hora de contar sus historias o de enfocar las cámaras para transparentar escenas no deseadas. Fue el verdadero *periodismo de investigación* que conocimos en los noventa y que desnudó una compleja máquina de corrupción montada por el menemismo. Sin embargo, era una época donde investigar, sacar una foto molesta o simplemente contar una verdad podía tener consecuencias graves para quien ejercía esta profesión. Fue un periodismo que asumió los riesgos de la profesión. Era el periodismo que, usando palabras de M. Foucault, oponía una verdad sin poder a un poder sin verdad. Seguramente José Luis Cabezas estaba, casi sin saberlo, en esta lista.

Diez años después, el periodismo tiene los mismos desafíos pero dentro de una complejidad mayor. Sin embargo, no contamos hoy en la Argentina con un periodismo de investigación capaz de transparentar las nuevas escenas del poder. Es cierto que en los años de gobierno de Néstor Kirchner, las principales críticas no se vinculan con la corrupción. Más bien el acento crítico se ha puesto en el personalismo del Presidente, en su falta de espíritu republicano o en el mantenimiento de viejas estructuras políticas cuasi feudales (en algunas provincias o intendencias del conurbano bonaerense) mientras que predica el nacimiento de una "nueva política". Esto no quiere decir que no existan hechos que merezcan investigación, aunque la corrupción no sea el tema central de la agenda pública.

Pero cierta complejidad también se origina en el modo en que el periodismo se posicionó ante el gobierno de Kirchner. Mientras que en los años 90 el periodismo (aun el que tenía fuertes conexiones con el gobierno de Menem) mantuvo algún espíritu crítico y encontró en las historias de ese gobierno un negocio periodístico posible, hoy se ha reconfigurado de una forma muy diferente. En un extremo hay un periodismo que aparece como *tolerante* con el gobierno y en el otro un periodismo *muy crítico* pero que no logra producir impacto en la opinión pública porque lejos de investigar solamente editorializa y se refugia en un discurso de opinión sin sustento en los hechos. Tan es así que el mismo *posicionamiento* del periodismo ante este gobierno ha sido un tema central del periodismo en estos tres últimos años. Nunca el periodismo se ocupó tanto de sí mismo y de producir acusaciones mutuas por su posición ante el gobierno de Kirchner como hoy.

Pero, ¿por qué no hay hoy en el campo periodístico investigaciones que interroguen al poder? No creo que sea por falta de temas, ni por falta de espíritu crítico de los periodistas. Es cierto que el menemismo ofreció escándalos, historias y personajes que no se encuentran hoy a la vuelta de la esquina. Los ganadores de los noventa fueron obscenos a la hora de exhibir sus joyas, pero ¿no hay hoy historias de la nueva concentración económica y de sus alianzas con el poder político que merezcan ser contadas? ¿Ya no hay fotos que inquieten a los poderosos? Probablemente el periodismo argentino esté en busca de nuevos géneros y temas que reemplacen las narraciones que fueron emblemáticas en los noventa. Pero lo cierto es que, 10 años después, estamos a la espera de ese efecto maravilloso que produce el buen periodismo: una rara mezcla de inteligencia que nos inquieta, seduce y apasiona a la vez.

* *Sociólogo, profesor de Flacso y la UBA.*

No nos olvidamos de Cabezas

POR GONZALO MARTINEZ

Como argentino, como reportero gráfico, como miembro de la comisión directiva y presidente de Argra, todavía me pregunto por qué murió José Luis.

Cómo es posible que, diez años después, todos los autores materiales de este crimen miserable, los asesinos, los ideólogos, los condenados a prisión perpetua estén en libertad o a punto de estarlo, cómo es posible que nuestra Justicia sea un laberinto por el cual pareciera que se nos escapa la memoria.

Por eso creo que es indispensable que nos sigamos preguntando el porqué de su muerte, cuál fue el eje real del entramado, casi de novela policial, que llevó a matar a un reportero, sumándole tinieblas a esa nube de impunidad y corrupción que envolvió a nuestro país con atentados como el de la embajada de Israel y la AMIA.

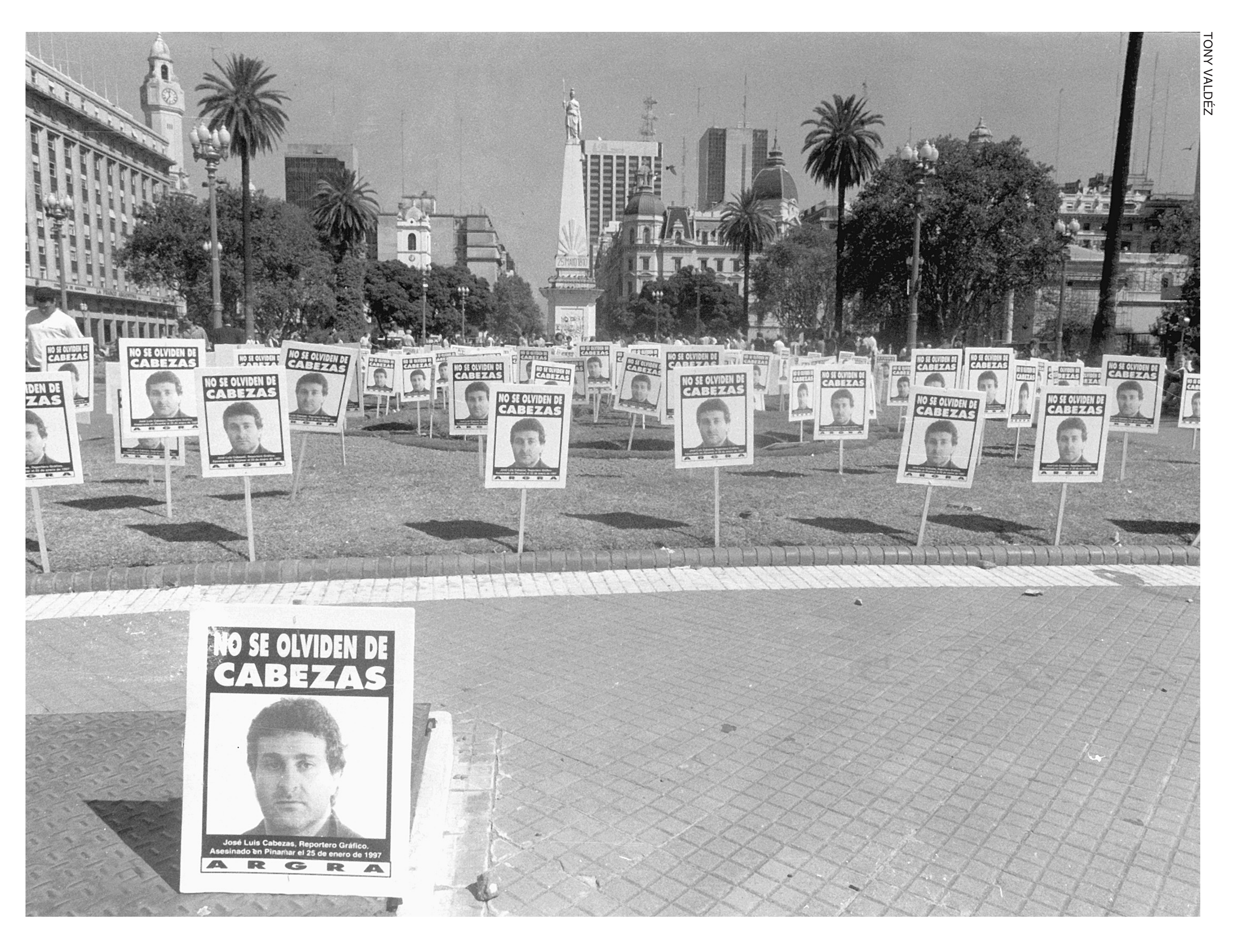
Si José Luis murió que al menos el legado de su martirio nos sirva para recordar que la fotografía es también un intento por contar la realidad de una forma más verdadera.

Tengo la certeza de que, si José Luis siguiera entre nosotros, alzaría su voz en este momento para denunciar el sacrificio que tantos hombres libres, como lo era él, hacen para construir una sociedad más justa y más respetuosa de la verdad. Sucedió el viernes 19 de enero con el periodista turco Hrant Dink, baleado en Estambul por sostener que la matanza de armenios por el ejército de su país constituía otro de los grandes genocidios del siglo XX. Y sucedió también en los últimos diez meses de 2006, cuando 88 periodistas fueron asesinados por ser leales a su profesión.

El espíritu de José Luis sigue vivo entre nosotros. Aunque una década después de su asesinato la incredulidad tropiece con cualquier ensayo de respuesta, creo que José Luis murió para que los reporteros gráficos, los periodistas y la sociedad en general no dejemos de exigir una Justicia más honesta, una Justicia que no le juegue en contra a nuestra memoria, una Justicia que no les niegue a los más indefensos una forma de defensa más soberana, más justa, sin que sea una moneda la que incline su balanza. Yo sé que esto es utópico, pero pienso que por José Luis, por los treinta mil desaparecidos, por la foto más hermosa, la de Julio López con vida, debemos repetirnos una y otra vez que no hay democracia sin justicia, que no hay justicia sin verdad, que no hay verdad sin memoria.

No nos olvidamos, José Luis.

* *Presidente de Argra - Editor fotográfico de* **Página/12**.



Los reflejos de la sociedad argentina

POR DAMIAN LORETI *

Preguntarnos a diez años qué cambió luego del asesinato de José Luis Cabezas nos obliga a recorrer un camino doloroso y que debe ser llevado a cabo con una actitud respetuosa para con sus familiares. Es muy complejo abordar la totalidad de las cuestiones que emergieron luego de la convulsión social que provocó. Sin intentar agotar todas, intentaremos hacer un repaso de algunas.

En un clima de época en el que las amenazas y golpes a los periodistas venían creciendo en forma preocupante, que se caracterizaba por largos listados de intimidaciones, juicios que pretendían inhibir a los trabajadores de la prensa en la realización de su labor, propuestas de cambios legislativos destinados a agravar las penas para quienes tomaran la voz pública, denuncias de campañas de desprestigio para quienes hicieran críticas, se produjo el asesinato de Cabezas. Acompañaban el temperamento los elogios a las "ejemplares" fuerzas de seguridad.

Para esos años, los periodistas estaban entre las figuras que recogían mayor credibilidad entre la opinión pública.

El asesinato de Cabezas y la reacción de las instituciones y sus miembros dieron lugar a demostraciones de reflejos de la sociedad argentina en general y de los periodistas en particular caracterizados sobre todo por la solidaridad, la regeneración de espíritu de cuerpo ante un riesgo descomunal y el desafío al poder, el visible y el oculto.

El conjunto de la sociedad plasmó con claridad su hartazgo ante las ostentaciones de poder y de impunidad, ya que la historia demostró que sólo luego de la movilización de la población civil comenzó a conocerse lo ocurrido.

La movilización de los compañeros de Cabezas, rodeados de la comunidad, y su participación en el juicio revelaron injerencias abusivas y escandalosas en los inicios de la investigación, que no se privó de investigar a la víctima y sembrar pistas falsas, al punto de necesitarse la creación de una comisión bicameral de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires para el seguimiento del juicio a las pocas semanas del asesinato.

Quizá podamos concluir también que la sociedad argentina puso un límite a la situación y a la sensación de impunidad con la que no desea convivir cuando se avasallan los derechos humanos y acompaña con mayor presteza y sensibilidad a quienes son víctimas de esos atropellos. Quizá la movilización haya provocado una advertencia al poder –público y oculto– que dio cuenta de que agredir a un periodista es agredir su derecho a la palabra. Porque lo que estaba claro es que se intentaba un disciplinamiento al conjunto de la actividad periodística con el fin de que se detuviera en su búsqueda de revelar las tramas ocultas que desde esos días se van iluminando lentamente, con una presión social –a veces silenciosa y otras movilizada– que reclama permanentemente explicaciones y esclarecimientos. En ese caso, como en otros más tarde, con el valor de una imagen a través de una fotografía tomada por un reportero gráfico.

También deberíamos preguntarnos si las condiciones contextuales que permitieron tamaño crimen fueron efectivamente removidas. Si nos atenemos a las declaraciones más o menos recientes del ministro de Seguridad de la provincia de Buenos Aires, o a algunas eventualidades emergentes del caso Gerez, podríamos señalar que hay deudas aún por saldar desde las instituciones, con la pretensión de que los pasos que se den no sean providenciales sino marcados por una fuerza institucional de tal magnitud que no permitan un solo movimiento en dirección contraria a lo que la mayoría de nuestro país reclama.

Si uno recuerda las consignas que acompañaron la movilización de esos días, el "No se olviden de Cabezas" y "la impunidad del crimen de Cabezas será la condena de la Argentina", ellas eran un gesto de rebeldía contra la impunidad, la corrupción, el abuso del poder. Porque –recordemos– fue una contestación a quienes apostaban por el olvido afirmando que el poder era impunidad. Y diversas circunstancias en los años siguientes fueron demostrando que nuestro pueblo daría muestras de su hartazgo y solidaridad ante cada hecho que involucraba el desprecio por la vida como herramienta de la política o de la aplicación de códigos inescrupulosos a los ciudadanos para acallarlos.

Para el "adentro" de la actividad de los periodistas, la cohesión fue y es notoria. La suma de homenajes en las plazas y en las redacciones galvaniza la conciencia de los trabajadores de la prensa en un entorno latinoamericano que cuenta a sus caídos por decenas en los últimos años en México y Colombia o que implicó una condena en tribunales internacionales de derechos humanos como en Guatemala. También es pertinente reconocer el modo en que los periodistas cubrieron las alternativas del juicio, de forma respetuosa, no dejándose llevar por la inmediatez, sabiendo cuán importante era lo que estaba en riesgo, y que podía servir de ejemplo para coberturas futuras.

Mantener vivo el recuerdo de José Luis Cabezas es para la sociedad en su conjunto una muestra de su decisión irrevocable de respetar los derechos humanos, de no aceptar zonas liberadas, de no tolerar el abuso o la impunidad del poder independientemente del lugar del que se trate, de resguardar su derecho a la palabra, de cuidar su derecho a desconfiar de lo que se pretende hacer sin explicar, de reclamarles a las instituciones de cada sitio que se purifiquen, y de exigir que no existan víctimas que dejen dolor insanable. Aun cuando sus asesinos y cómplices se beneficien con las leyes que se precian de burlar, para lograr su libertad.

José Luis Cabezas. Presente. Ahora y siempre.

** Vicedecano de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA.*